



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9678

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIERCOLES 7 DE FEBRERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA CUESTION DE MELILLA Y LA LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

Son dos cosas completamente distintas; pues mientras nuestras tropas salen de Melilla, cada día llegan á Cartagena mayores partidas de la sin rival Legia Jabonosa, vendiéndose en los puntos siguientes:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; Droguería de D. Juan Vilagrán, calle del Carmen; D. Tomás Sosa, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Andrea Costa, San Francisco esquina Palas; Sra. Viuda é hijos de Pico, plaza de las Verduras; don José García y García, calle del Carmen esquina á la de San Roque; Droguería de D. Adolfo Fernández, calle de San Miguel esquina á la de Jara; D. José Casanovas, Serreta 5; D. José Pagán, Aire 8; D. Victor Martínez, plaza del Sevillano 5; Droguería de los Sres. Cánovas hermanos, Mayor 18; D. Francisco Balibrea, Serreta frente á la Caridad; D. Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Solano, enfrente de la Caridad; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; Droguería calle del Duque núm. 17; D. Antonio Navas, calle de la Palma; Sra. Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Juan Roca, Lizana 1; D. Francisca Rabio, plaza Roldán; D. Juan Cecilia, Angel 36; D. Gerónimo Martínez, calle del Aire 2; D. Gindó Ros Barbero, Cuatro Santos 15; D. José Guillén, San Fernando 57; D. Cecilio Cutillas, Serreta.

Para los pedidos dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, San Fernando 39, pral. Cartagena.

NOVEDADES

EN EL

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden transportarse fácilmente.—Cocinas con hornos muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Choubertki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

UNA VISITA A CAMPOAMOR.

El cielo estaba nublado, la tarde triste; la gente endomingada, marchaba lentamente y con el rostro grave, como si, en vez de salir á paseo, asistiese á alguna imponente solemnidad; los pobrecitos niños iban engarrotados dentro de sus trajes nuevos, sin atreverse á correr y á saltar por temor de arrugar sus vestidos; los coches rodaban con sordo rumor sobre un suelo reblandecido por la humedad, y los tranvías, llenos de carne humana, chirriaban sobre los rails como si se quejasen de tan excesivo peso.

En mí influye mucho el medio que me rodea, y la tristeza del día y el aspecto de las gentes acabaron por ennegrecer mi pensamiento cuando, siguiendo la acera de los números impares de la calle de Recoletos, entré en el número 19 y pregunté á la portera:

—¿D. Ramón de Campoamor?

—En el primero.

—¿Derecha ó izquierda?

—No hay más que una habitación.

Subí. Hacía muchos meses que yo no veía á Campoamor en su casa; poco tiempo antes de la muerte de su esposa, recuerdo con encanto aquel piso segundo con ensueño de la plaza de las Cortes, desde cuyos balcones se divisaba uno de los más hermosos y risueños paisajes que tiene Madrid: el jardínillo con

la modesta estatua de Cervantes, el Congreso, el ya derruido palacio de los duques de Medinaceli, el Prado, más allá el Museo de Pinturas y el obelisco del Dos de Mayo, y en el fondo la espléndida vegetación del Retiro, cuyo verde contrastaba con el azul inmensísimo del hermoso horizonte.

Aquella habitación era la alegría misma; siempre llena de luz del cielo y de los ruidos de la calle; visitada constantemente por numerosos amigos y admiradores del poeta; gente joven en su mayor parte; de vez en cuando, un grupo de muchachos bonitas, graciosas y elegantes, invadían el despacho del dueño de la casa, y, entre risas y monadas, le hablaban de sus *Doloras* y de los *Pequeños poemas*; después desaparecían y sus voces seguían resonando en las habitaciones lejanas con la misma inefable música que el autor de *El drama universal* ha dado á sus estrofas.

Esta era hace algunos años; ahora Campoamor vive en una calle estrecha, larga y oscura, en vez de aquel tercer piso, habita un primero, sin entresuelo ni bajo, escaso de luz y libre de ruidos; no hallé á nadie en la escalera; tiré del llamador una, dos y tres veces, hasta que salieron á abrir la puerta sin que la campanilla sonara.

El criado me hizo pasar á la sala mientras anunciaba mi visita; la temperatura era templada, pero, ¡qué frío el de aquel cuarto! ¡qué soledad! ¡qué silencio!... Los muebles alineados á derecha é izquierda; los cuadros que adornan las paredes, los bustos y retratos del poeta y de su esposa, y las mil obras de arte que allí se encierran, todo, todo parecía decirme:

—No estamos bien aquí; esta casa no es nuestra casa; nuestro amor nos olvida; ya nadie viene á vernos, somos como trastos arrinconados en una casa de huéspedes.

—El señor dice que tenga usted la bondad de pasar. Por aquí.

Seguí un estrecho pasillo, al extremo del cual se abría una puerta que daba á una habitación interior; desde el umbral distinguí á D. Ramón, que estaba en uno de los ángulos, sentado en una marquesilla, envuelto el cuerpo en una manta y

con la hermosa cabeza echada sobre el respaldo.

—Entre usted, entre usted y siéntese aquí á mi lado; yo no puedo moverme.

Y era verdad; el reuma le ha paralizado la pierna derecha, invade su cuerpo por el mismo lado, y hace temblar aquella mano que tantas obras maestras ha escrito.

—¡No sirvo ya para nada! —dijo suspirando tristemente.

Yo extendí la mirada por las cuatro paredes, y me entristecía también viendo aquella ventana, que da á un patio de vecindad; cerca de ella una mesa de tresillo; junto al poeta un par de muletas; en un rincón un velador con libros y papeles; sobre el marmol de la chimenea retratos de familia, unos cuantos muebles, pocos, y... ¡el mismo silencio, la misma soledad y el mismo frío de la sala, á pesar de la lumbre de cok y de los innumerables objetos que adornan los muros!

—¿Y qué hace usted, D. Ramón? ¿En qué pasa usted el tiempo?

—Leo. Cuando usted llegó estaba hojeando este libro de Medicina; pero me canso pronto, y entonces leo este otro volumen de versos que ha publicado Balart.

Y así vive, preocupado por la enfermedad que postra su cuerpo y sin decaer su entusiasmo por la poesía, que enardece su espíritu.

Le reconvine cariñosamente:

—Porqué no se cuida usted? ¿Porqué no se pone en cura?

—Ya lo hago; tengo muchas amigas que rezan por mi salud todos los días; ¿qué más quiere usted?

—¿Porqué vive usted tan solo?

—¡Ah! No me hable usted de eso (y las lágrimas asomaron á sus ojos); desde que murió mi mujer estoy y vivo solo, aunque tenga la casa llena de gente.

—¿Escribe usted algo?

—Nada. Mire usted qué mano tan temblona; no puedo trazar ni una letra.

—He leído en los periódicos que los numerosos y entusiastas admiradores de usted piensan organizar una fiesta, que ha de ser un público y solemne homenaje tributado á su genio.

—¡No, por Dios! ¡Que no hagan nada! ¡Que me dejen en paz! No sé á quién diablos se le ha ocurrido semejante tontería.

—Pues yo, en nombre del director de *La Epoca*, vengo á que usted me diga...

—Nada tengo que decir. Agradezco mucho á los periodistas cuanto de mí han escrito estos días; pero adviértale usted á Escobar que no insista y dé larguza al asunto, á ver si la gente se ovida. Yo, solo deseo morir tranquilo.

Recordamos otros tiempos más dichosos y risueños; su rostro se animó; tuvo frases llenas de gracia é ingenio; habló del porvenir: de un *pequeño poema* que tiene ideado; de nuevas *doloras* y *humoradas* que ha de hacer; de mil cosas alegres y agradables... Pero cuando más jovial y entusiasmado estaba, involuntariamente fue á accionar, á moverse, y un gemido de dolor puso término y remate á nuestra plática... ¡Maldite reuma!

Al bajar las escaleras iba pensando en los contrastes tan terribles que nos ofrece la existencia. Campoamor, que con tan seguro y rápido vuelo, ha subido á las más altas cumbres de la fama, no puede ahora dar un paso sin muletas; él, que tanto ruido hace en el mundo, y cuyo nombre estos días trae y lleva la Prensa, no se puede mover, y vive en el silencio y la soledad de un piso que el solo habita.

El mayor obsequio que pudieran hacerle los organizadores de la proyectada fiesta en honor del eminente poeta, sería llevarle media docena de muchachos, que con sus gritos y risas infantiles alegrasen aquella casa.

P. P. GIL.

TIJERETAZOS

Dice un periódico: «Después de las carnestolendas vienen las espinacas.»

No para todos. Para muchos individuos—para los obreros de Jerez, por ejemplo—las espinacas son comida de lujo.

Como que esos obreros ganan dos reales diarios el día que trabajan.

Y con ese jornal hasta el pan es manjar sibarítico.

En Málaga se va á publicar una novela con este título:

«El último pensamiento de un sastre.»

¿Cuál será? Tal vez una maldición para los tramposos.

Publica un colega una carta de un maestro de escuela que se queja porque no le pagan y dice que la carta tiene miga.

Bebería. Si la carta tuviera miga se la hubiera comido el maestro.

Leemos: «De todos los anacronismos ninguno como la celebración del carnaval en nuestra época.»

Comprendido. Viviendo en perpetuo carnaval no hay porque dedicar tres días á taparse la cara.

Los ratas siguen haciendo de las suyas y desbalijando al prójimo, sin temor á la policía, ni á la perrera ni á nada.

Son muchos ratas los que han caído sobre nosotros.

Y como les dejen hacer nos van á roer hasta el apellido materno.

Hasta ahora la han tomado con los relojes y las cartoras.

Pero ya irán tomando confianza y se atreverán á obras más importantes. A saquear una casa, por ejemplo.

De unos datos estadísticos que circulan por la prensa, resulta que la mitad de los españoles no tienen ocupación de ninguna clase.

Felizmente la otra mitad los ha tomado á su cargo y trabaja para ellos.

El Sr. Ganazo exige á las compañías de ferrocarriles el pago del descubierto que tienen con la Hacienda por el impuesto del Tesoro.

Buenas están las compañías de ferrocarriles para que les pidan dinero.

Después de esa exigencia del señor ministro pueden guardar en el bolsillo las compañías sus peticiones de apoyo. Aunque las proteja Moret.

Leemos: «Antes de reunirse las cortes tendrá terminadas el Sr. Moret sus reformas sobre instrucción pública.»

¿Y estará incluido en eso el pago á los maestros?

Eso es lo que más apresura y lo más vergonzoso.

Hay que pagar.

Y para eso hay que obligar á los alcaldes.

NOTAS

Todo tiene fin, y también el Carnaval había de tenerlo.

Hemos pasado tres días entre el bullicio de las máscaras, solicitados por fuerzas irresistibles á tomar parte en la bacanal. Los últimos momentos de locura han sido terribles como siempre. La gente se ha divertido con verdadero frenesí, sintiendo solo que la proximidad de la cuaresma, iba acortando cada vez más la distancia entre el bistek con patatas y el potage de acelgas.

Y como todo llega, á gusto nuestro ó contra nuestro gusto, la cuaresma ha hecho su aparición y con ella la primera vigilia.

Ha sido preciso tirar la careta á un rincón y guardar el disfraz para mejores tiempos; desligarse de la pareja de baile, abandonar el salón en donde aun palpitan los recuerdos de las hermosuras que lo animaron y vibran notas del último vals bailado con verdadera rabia.

De todo eso no queda más que un poco de cansancio en el cuerpo, algo de fatiga en el espíritu y allá en el fondo del pensamiento una figura agradable que acaricia la imaginación y que lleva al fondo del alma una gran sensación de dulzura.

Aunque parecé bromas, el Carnaval se lleva consigo muchas ilusiones. Lo desconocido es lo que tiene mayores encantos, y desconocida es la pareja con quien hemos bailado. Fea ó vieja, la careta la idealiza á nuestros ojos; el misterio en que se envuelve nos empuja en saber quien es. Y cuando llega el miércoles de ceniza y no lo hemos conseguido, al desaparecer la visión de nuestro lado, la vemos ir con pena como se va desvaneciendo una ilusión.

Tal vez aquella mujer es una mamá ó es fea, muy fea; pero nosotros la hemos adormado con todas las hermosuras y al irse no es ella la que se va, sino la visión que forjó nuestra mente.

Así son todas las cosas del mundo; pasamos junto á lo bueno y no le hacemos caso ó lo desconocemos. En cambio lo desconocido nos subyuga, nos atrae, hacemos por su consecución toda clase de sacrificios que en la generalidad de los casos, son la más grande locura.

El Carnaval de 1894 pertenece al pasado. En cambio pertenece al presente la cuaresma que debilita con sus potages y sus ayunos y edifica con sus rezos y penitencias.

Tras de la bulla y la algarabía ha venido la quietud; tras de la algarabía la calma.

Bienvenida sea, porque al fin y al cabo no viene mal una temporada de descanso, tras de otra temporada de diversiones sin tasa ni medida.

VARIEDADES

CHAFADA.

Consonante mi primera, mi segunda afirmación, es pronombre mi tercera, cuarta cuarta es un llorón,